

deano. Llegó á ser pintor, como otros muchos pintores holandeses, por una casualidad. Su padre era un hombre furibundo y su hijo le temia más que al fuego. Un dia, el pobre Van Veen dejó caer al suelo el jarro de la leche; su padre se le echó encima y él escapó, se ocultó y pasó la noche fuera de casa. Por la mañana lo encontró su madre, convino con él en que no seria prudente afrontar la cólera paterna, le dió alguna ropa y algun dinero y lo mandó con Dios. El muchacho llegó á Harlem, logró entrar en casa de un pintor de brocha gorda, estudió, hizo algo, y fué á perfeccionarse á Roma; no llegó á ser gran artista, que hasta la imitacion italiana le perjudicó, trató el desnudo con dureza y tuvo un estilo amanerado; pero fué un pintor fecundo y pagado y no echó de ménos la vida del campo. Aquí viene su originalidad: era, por lo que dicen sus biógrafos, un hombre increíble, descomunal y locamente miedoso, hasta el punto de que, cuando sabia que iban á pasar los arcabuceros, se subia á los tejados y á los campanarios, y aún le daba miedo ver las armas en la calle. Para el que no lo crea, allá vá un hecho que se lo hará creer: encontrándose en la ciudad de Haarlem, cuando los españoles la sitiaron, los magistrados, que conocian su debilidad, le permitieron salir de la ciudad antes de la pelea, quizá porque preveían que era capaz de morirse de susto; y él, aprovechándose del per-

miso, huyó á Amsterdam, dejando á sus conciudadanos con la peste.

Otros pintores holandeses—porque hablo de los hombres y no de los cuadros—debieron, como Heemskerck, á la casualidad el ser pintores. Everdingen, paisajista de primer orden, lo debió á una tempestad, que echó al buque contra las playas de Noruega, donde permanecié, se inspiró en aquella gran Naturaleza y creó un género original de paisaje. Cornelis Vroom debió tambien su fortuna á un naufragio; habia partido para España con algunos cuadros religiosos, el barco naufragó cerca de la costa de Portugal, el pobre artista se salvó con otros en un islote deshabitado, estuvieron dos dias sin comer, y ya se consideraban perdidos, cuando inesperadamente fueron socorridos por los religiosos de un convento de la costa, donde el mar habia llevado con el casco del buque los cuadros del naufragio, que los frailes encontraron admirables; así es que Cornelis fué recogido, hospedado, estimulado á pintar, y aquella profunda emocion del naufragio dió á su ingenio nuevo y poderoso impulso que lo hizo verdadero artista. Otro, Hans Iredeman, el famoso pintor de los engaños, el que pintó unas columnas sobre los batientes de la puerta de una sala tan magistralmente, que habiéndose vuelto Carlos V á mirar, apenas entró, creyó que la pared se habia cerrado detrás de él por encanto; aquel Hans Fredeman,

que pintaba empalizadas que hacian á la gente volverse atrás y puertas á que se echaba la mano para abrirlas, debió su fortuna á un libro de arquitectura de Vitruvio, que le dió por casualidad un ganapan.

Hay un bello cuadrito de Steen, que representa un médico fingiendo hacer la extraccion de la piedra á un enfermo de aprension; una vieja recoje las piedras en una vasija; el enfermo chilla como un desesperado, y algunos curiosos miran sonriéndose desde una ventana.

Todo lo que puede decirse de este cuadro es que hace soltar la carcajada. Steen es, despues de Rembrandt, el más original pintor de figuras de la escuela holandesa; uno de los poquísimos artistas que, una vez conocidos, sean ó no simpáticos, ténganse por grandes ó por de segunda fila, no importa, quedan impresos, fijos en nuestra mente para toda la vida. Despues de haber visto sus cuadros, no es posible ver un borracho, un bufon, un mamarracho, un sér deforme, una cara monstruosa, una mueca ridícula, una actitud grotesca, sin recordar alguna de sus figuras. Todas las gradaciones, todas las asquerosidades de la borrachera, todo lo que hay de más grosero y desvergonzado en la orgía, el frenesí de los placeres más bajos, el cinismo del vicio más vulgar, las bufonadas de la canalla más abyecta, todas las emociones más bestiales, todos los más innobles aspectos de

la tasca y del tugurio los ha retratado con la brutalidad y la insolencia de un hombre sin escrúpulos, y con una vis cómica, una embriaguez de inspiracion, imposibles de expresar con palabras. Se han escrito sobre él muchos volúmenes y formado juicios muy diversos. Sus ardientes admiradores le han atribuido una intencion moral: el objeto de hacer concebir ódio á la crápula, pintándola, como lo hizo, con colores repugnantes, á semejanza de los espartanos, que mostraban á sus hijos los ilotas borrachos. Otros no han visto en aquella manera de pintar sino manifestacion espontánea é impensada de los gustos del artista, á quien presentaban como un crapuloso vulgar. Sea de ello lo que fuere, no hay duda que, por los efectos que produce, la pintura de Steen puede considerarse como una sátira del vicio; y en esto es superior á casi todos los artistas holandeses, que se limitaron á un naturalismo externo. Por eso fué llamado el Hogart holandés, el filósofo jovial, el más profundo observador de las costumbres de su país; y entre sus admiradores hubo uno que dijo que, si Steen hubiera nacido en Roma en lugar de Leyden, y hubiera tenido por maestro á Miguel Angel en lugar de Van Goyen, hubiera llegado á ser uno de los más grandes pintores del mundo; y otro encontró no sé qué analogía entre él y Rafael. Méenos general es la admiracion por las cualidades técnicas de su pintura, en la

que no se encuentra la figura ni el vigor de otros artistas, como Ostade, Mieris y Dow. Aun considerando la índole satírica de sus obras, puede decirse que Steen pasó con frecuencia más allá de su objeto, si alguno tuvo. Su afán burlesco ha traspasado con frecuencia el sentimiento de la realidad; sus figuras, en lugar de salir ridículas solamente, resultaron monstruosas, apenas humanas, con frecuencia más parecidas á las béstias que á los hombres; y multiplicó estas figuras hasta el punto de provocar, en vez de risa, náuseas y un sentimiento casi de desden por la naturaleza humana ultrajada. Pero las más de las veces el efecto más fuerte es la risa, una carcajada sonora, irresistible, que se suelta aun estando solos, y atrae la gente de los cuadros cercanos. Es imposible llevar más lejos el arte de aplastar las narices, de torcer las bocas, de contraer los cuellos, de trazar las arrugas, de idiotizar las caras, de colocar jorobas y lamparones, de hacer erupcionar, tambalear, atontarse, de expresar en el destello de una pupila mortecina el embrutecimiento y la lujuria, de revelar la brutalidad de un hombre en una sonrisa y en un gesto, de hacer sentir el olor de la pipa, oír las risotadas, adivinar las conversaciones tontas ó súcias, comprender, en una palabra, la embriaguez y la crápula; es imposible, digo, llevar este arte más allá que Steen.

Ha habido y hay todavía grandes cuestiones sobre su vida. Se han escrito libros para probar que fué un borracho, y libros para probar que fué sóbrio; y como siempre, se exajeró en uno y en otro sentido. Tuvo una cervecería en Delft, no hizo negocio; puso una taberna y le fué peor. Se dice que él era el parroquiano más asídúo, que se sorbia todo el vino y que, cuando tenia la cueva vacía, quitaba la muestra, cerraba la puerta, se ponía á pintar con ahinco, vendía los cuadros y volvía á la vida de antes. Tambien se dice que pagaba el gasto en cuadros, y por consiguiente, todos estaban en poder de taberneros. Es difícil, en verdad, explicar cómo estando casi siempre de taberna, ha podido hacer tan gran número de cuadros admirables; pero no es más fácil comprender que haya gozado tanto en semejantes asuntos, llevando una vida sóbria y ordenada. Verdad es que, sobre todo en sus últimos años, hizo toda suerte de extravagancias. Al principio estudió con Van Goyen, paisajista chillon; pero el génio hizo más que el estudio; adivinó las reglas de su arte; y si alguna vez pintó más oscuro de lo que debia, como dice uno de sus críticos, no era suya la culpa, sino de alguna bótella de más que habia bebido á la comida.

No es Steen el único pintor holandés que tiene la reputacion, merecida ó no, de borracho. Hubo un tiempo en que casi todos los artistas pasaban

una buena parte del día en las tabernas, tomaban chispas fabulosas, llegaban á las manos y salían llenos de golpes y ensangrentados. En un poema sobre la pintura, de Karevan Mander, que fué el primero que escribió la historia de los pintores de los Países-Bajos, hay un pasaje contra el vicio de la bebida y la costumbre de las bromas, que dice entre otras cosas: «sed sóbrios y haced que al desgraciado refran: «Crapuloso como un pintor,» sustituya este otro: «Morigerado como un artista.» Citando solo los más famosos, diré que Mieris fué un bebedor de los buenos; Van Goyen, una cuba; Francisco Halz, maestro de Brower, una esponja de vino; Brower, un mosquito incorregible, y Guillermo Cornelis y Hondekoeter, muy devotos de la botella. De los de menor talla, se dice que algunos murieron borrachos. La historia de los pintores ofrece en las muertes de éstos, casos extraños. El gran Rembrandt murió en la indigencia, casi ignorado de todos; Holbema murió en Amsterdam en el barrio de los pobres; Steen, murió en la miseria; Brouwer, murió en el hospital; Andrés Both y Enrique Verschuring, murieron ahogados; Adrian Bloemaert, murió en desafío; Carel Fabritius murió en la explosion de un polvorin; Juan Scotel, murió con el pincel en la mano de un ataque de apoplejía; Potter, murió tísico; Lúcas de Leyden, murió envenenado. Así, entre muertes desgraciadas, los vicios y los celos,

puede decirse que los pintores holandeses han tenido bien mala suerte.

Hay tambien en el Museo de Rotterdam una bella cabeza de Rembrandt; una escena de bandidos de Wouwerman, gran pintor de caballos y de batallas; un paisaje de Van Goyen, el pintor de las playas muertas y de los cielos plumizos; una marina de Backuizen, el pintor de las tempestades; un cuadro de Berghem, el pintor de países alegres; uno de Everdinguen, el pintor de las cascadas y de los bosques, y otros cuadros italianos y flamencos.

Al salir del Museo, encontré una compañía de soldados, los primeros soldados holandeses que veía, vestidos de oscuro, sin ningun adorno vistoso, rubios del primero al último, con el pelo largo y casi todos con un aire de beatitud pacífica que parecía extraño que llevarsen armas. En Rotterdam, ciudad de más de cien mil habitantes, hay trescientos soldados de guarnicion. ¡Y decir que Rotterdam tiene fama de ser la más turbulenta de las ciudades de Holanda! Hubo, efectivamente, hace tiempo, una manifestacion popular contra el Municipio, que no tuvo más consecuencia que algunos cristales rotos; pero en un país como aquel, que vá como un reló, debió parecer y pareció una gran cosa; acudió la caballeria de El Haya y el Estado se conmovió. No hay, sin embargo, que creer que aquel pueblo es todo miel, pues por con-

fesion de los mismos rotterdameses, aquella gente que Carducci llama *santa canalla*, es de lo más perdido, tanto como en otras ciudades de peor reputación; y la escasez de policía es más bien una tolerancia de los excesos, que una prueba, como alguno podría creer, de disciplina pública.

Rotterdam, ya lo he dicho, no es una ciudad literaria ni artística; es también una de las pocas ciudades holandesas donde no ha nacido ningún gran pintor, cuya esterilidad comparte con toda la provincia de Zelanda. Pero no es Erasmo su única gloria literaria. En un pequeño parque, que se extiende á la derecha de la ciudad, en la orilla del Mosa, que es el Aguasola de Rotterdam, se ve una estatua de mármol que los rotterdameses erigieron al poeta Tollens, que nació á fines del siglo pasado y murió hace pocos años. Este Tollens llamado por algunos un poco atrevidamente, el Beranger de Holanda, fué (y solo en esto se parece á Beranger) uno de los poetas más populares del país, uno de aquellos poetas, como hubo tantos otros en Holanda, sencillos, morales, llenos de buen sentido, más ricos aún de buen sentido que de inspiración, que trataron la poesía casi como se tratan los negocios, que nunca escribieron nada que pudiese disgustar á sus buenos parientes y á sus buenos amigos, que cantaron á su buen Dios y á su buen Rey, que expresaron el carácter tranquilo y práctico de su pueblo, cuidando más de decir

cosas justas que de decir cosas grandes; y sobre todo, cultivando la poesía en la edad madura, como prudentes padres de familia, sin robar un momento á los asuntos de su profesión. Como tantos otros poetas holandeses (aunque de otra naturaleza ó ingenio diversos del suyo), como por ejemplo, Voedel, que era sombrerero; Hooft, que era gobernador de Muiden; Van Lenep, que era promotor fiscal; Gravenswaert, que era consejero de Estado; Bogaerts, que era abogado; Bets, que era pastor; así, Tollens ejercía, además de las letras, otra profesión: era tendero en Rotterdam y pasaba, aun en sus últimos años, casi todo el día en la tienda. Era padre de familia y amaba tiernamente á sus hijos, como se desprende de las diversas poesías que hizo con motivo del nacimiento de su primero, segundo y tercer diente. Escribió canciones y odas sobre asuntos familiares y patrióticos—entre ellos el himno nacional de Holanda, himno mediano, que el pueblo canta por las calles y los niños en las escuelas—y un poemita, que es acaso la mejor de sus obras, sobre la expedición intentada por los holandeses hácia fines del siglo XVI en el mar del Polo. El pueblo aprendió de memoria casi todas sus obras y lo amó con predilección como á su más fiel intérprete y su más afectuoso amigo. Pero con todo, Tollens no es considerado en Holanda como poeta de primer orden; muchos no lo colocan siquiera entre aquellos

que siguen inmediatamente á los primeros, y no son pocos los que le niegan el laurel sagrado.

Por lo demás, si Rotterdam no es una ciudad literaria ni artística, tiene, en cambio, un extraordinario número de instituciones filantrópicas, casinos espléndidos y todas las comodidades y diversiones de una ciudad rica y civilizada.

Las observaciones que tuve ocasion de hacer sobre el carácter y la vida de los habitantes, estarán mejor al hablar de El Haya. Solo diré que he observado en Rotterdam—como en todas las demás ciudades holandesas—que nadie deja traslucir ni sombra de vanidad nacional al hablar de cosas propias. Aquello de ¿no ve que hermoso? ¿qué me dice de esto? que á cada momento se oye en otros países, allí no se oye nunca, ni aun tratándose de cosas universalmente admiradas. Cada vez que dije á un rotterdamés que la ciudad me agradaba, le ví hacer un ligero gesto de asombro. Al hablar de su comercio y de sus instituciones, no dejan escapar de su boca, no digo ya una expresión ponderativa, sino ni aun una palabra que denote vanidad ó complacencia. Hablan casi siempre de lo que han de hacer y casi nunca de lo que han hecho. Una de las primeras preguntas que me hacian cuando nombraba á mi pátria, era: «¿Y la Hacienda?» Tocante á su país, observé que saben muy bien todo lo que puede ser útil saber, y poco lo que solo dá gusto conocer. Cien cosas, cien

sítios de la ciudad que habia observado á las veinticuatro horas de estar en Rotterdam, no los habian visto muchos; lo cual prueba que allí no hay costumbre de andar al tun tun y mirar al aire. Cuando marché, mis conocidos me llenaron los bolsillos de cigarros, me recomendaron que comiese bien y me dieron consejos sobre el modo de viajar con economía. Al despedirme, no escuché ninguno de aquellos ruidosos: «¡Cuánto lo siento! ¡escriba! ¡vuelva por acá! ¡acuérdesse de nosotros!» que resonaron en mis oídos en España. No hubo más que apretones de manos, una mirada y un *hasta la vista*, dicho muy bajito.

La mañana que salí de Rotterdam ví en las calles que atravesé para ir á la estacion del ferrocarril de Delft, un espectáculo nuevo, enteramente holandés: la limpieza de las casas, que se hace dos veces cada semana en las primeras horas de la mañana. Todas las criadas de la poblacion, con un sobretodo color lila, lleno de flores, cõfia blanca, delantal blanco, medias blancas y zuecos blancos, con los brazos remangados, se afanaban en lavar las puertas, las paredes y las ventanas. Algunas, sentadas valerosamente en el alféizar, lavaban los vidrios con esponjas, vueltas de espaldas á la calle, con la mitad del cuerpo de fuera; otras, arrodilladas en la acera, limpiaban las baldosas con el estropajo; otras, con jeringas y con bombas provistas de un largo tubo de goma, como

las que se usan para regar los jardines, lanzaban contra las vidrieras del piso segundo vigorosos chorros de agua que caían en espesa lluvia; otras lavaban las vidrieras con esponjas y trapos atados en la punta de cañas altísimas; otras limpiaban los llamadores y el herraje de las puertas; otras los escalones; otras los muebles que habían sacado de la casa; las aceras estaban atestadas de muebles, sillas, sillones, bancos; goteaba agua de las paredes; corría el agua por las calles; no había más que chorros y chapuces. ¡Cosa singular! siendo el trabajo en Holanda lento y tranquilo en todas sus manifestaciones, aquel presentaba un aspecto enteramente distinto. Todas aquellas muchachas tenían el rostro encendido, entraban, salían, subían, bajaban, se remangaban con furia, tomando actitudes acrobáticas que hacían resaltar curvas temerarias, sin cuidarse del que pasaba, como no fuera para echar á la gente, que no se arrojase á las aceras ni á las paredes. En fin, aquello era un barullo, un furor de limpieza, una especie de ablucion general de la ciudad, que hacia fantasear si seria un rito de alguna religion extravagante, que prescribiese purgar á la ciudad de alguna infeccion misteriosa de espíritus malignos.

DELFT.

Yendo de Rotterdam á Delft, ví por primera vez la campiña holandesa.

Es una llanura, una sucesion de verdes y floridos prados, recorrida por largas filas de sauces y sembrada de grupos de encinas y de chopos. Véanse acá y allá puntas de campanarios, aspas de molinos, rebaños de grandes vacas blancas y negras y algun pastor, reinando la soledad en vastísimos espacios. No hay nada que hiera la vista, nada que resalte, nada que domine. De cuando en cuando, á lo lejos, pasa la vela de un buque que, deslizándose por un canal que no se ve, parece que se desliza sobre la yerba de los prados; y ora aparece, ora desaparece tras los árboles. La luz pálida dá á la campiña un no sé qué de melancólico; una bruma ligerísima lo hace parecer todo lejano; reina una especie de silencio para los ojos; una paz de luz y de colores; un reposo de todas las cosas, en el que parece languidecer la mirada y dormir la imaginacion.